

MIGUEL LERDO DE TEJADA

Nació en Veracruz, Ver., el 6 de julio de 1812. Murió en la ciudad de México en 1861.

Estadista, figura prominente en el movimiento de la Reforma, escribió: *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz, precedidos de una noticia de los descubrimientos hechos en las islas y en el continente americano, y de las providencias dictadas por las leyes de España para el gobierno de sus nuevas posesiones, desde el primer viaje de don Cristóbal Colón, hasta que se emprendió la conquista de México*, 3 v. (1850-58); *Comercio exterior de México, desde la conquista hasta hoy* (1853); *Cuadro sinóptico de la República Mexicana en 1856* (1856).

Balace de su vida y obra lo hacen: Ernesto Alconedo, *Miguel Lerdo de Tejada en Diez civiles notables de la Historia Patria*, México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1914, 184 p. ils.; José M. Baranda, Justo Sierra et al, "Discursos a la memoria de D. Miguel Lerdo de Tejada", en *El Federalista. Edición literaria de los domingos*, 10 v., México, J. Neve y Comp. Imps., 1872-76, V.; Gabriel González Mier, *Miguel Lerdo de Tejada* en Enrique M. de los Ríos et al, *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la intervención. Galería biográfica anecdótica de los personajes del partido liberal ya muertos que contribuyeron al triunfo de las instituciones democráticas, proclamadas en México desde el Plan de Ayutla, hasta la caída del Imperio de Maximiliano en 1867*. Dibujos por los artistas Santiago Hernández y Jesús Martínez Carrión. México, Imp. del Hijo del Ahuizote, 1890, 440-2 p., ils.; Francisco Sosa, *Las estatuas de la Reforma. Noticias biográficas de los personajes en ellas representados*, 2a. ed. México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1900 XVI-323 p.

Moderno estudio es el de Carlos J. Sierra, aparecido en la obra, *Miguel Lerdo de Tejada (1812-1861)*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Dirección General de Prensa, Memoria, Bibliotecas y publicaciones, 1961, 57 p. ils., en el que recoge los artículos necrológicos acerca de Lerdo, aparecidos en *El Monitor Republicano*, del 23 y 24 de marzo de 1861 y en *El Siglo XIX*, del 26 de marzo de ese mismo año, así como el *Discurso* de Justo Sierra el 15 de enero de 1874 a la memoria de Lerdo. Del mismo Carlos J. Sierra, "Recordación de Miguel Lerdo de Tejada en el sesquicentenario de su natalicio". "Conciencia de México", *BBSHCP*, No. 250, 1o. junio 1962, p. 1, 7.

Fuente: Miguel Lerdo de Tejada. *Apuntes históricos de la Heroica ciudad de Veracruz, precedidos de una noticia de los descubrimientos hechos en las islas y en el continente ame-*

ricano, y de las providencias dictadas por los reyes de España, para el gobierno de sus nuevas posesiones, desde el primer viaje de Don Cristóbal Colón hasta que se emprendió la conquista de México. 2 v. México, Oficina de Máquina de la Secretaría de Educación Pública, 1940. (la 1a. ed. en 1850-58. Imp. de Vicente García Torres). II-215-222.

MEXICO, DESPUES DE SU INDEPENDENCIA

El período de que voy a ocuparme en este capítulo, si bien es el que ofrece mayor interés en la crónica particular de la ciudad de Veracruz, por abrazar ya los acontecimientos ocurridos en ella después de la emancipación de México, es también la parte más penosa de la tarea que me impuse al escribir esta obra, no ya por la dificultad de reunir las noticias de los diversos hechos que durante él han tenido lugar allí, pues respecto de muchos de ellos pueden guiarme ya mis propios recuerdos, sino porque si es cierto que todo mexicano medianamente pensador y bien intencionado, debe sentir su ánimo sobrecogido de tristeza al recorrer los anales de su patria independiente, en los que no se encuentra más que uno u otro rasgo consolador, al través de los errores y crímenes cometidos en esa continuada lucha de las mezquinas aspiraciones y bastardos intereses que han traficado con la ignorancia del pueblo, para dominarlo a su antojo, se comprenderá fácilmente que ese sentimiento debe ser todavía más profundo para el que, como yo, tiene que referir uno por uno los sucesos particulares de una ciudad como Veracruz, que por la importancia que bajo el aspecto comercial y rentístico le ha dado siempre su calidad de primer puerto de la República, y bajo el punto de vista político y militar sus débiles murallas y su inmediatez a la fortaleza de San Juan de Ulúa, ha tenido el funesto privilegio de figurar más que otras como víctima, no únicamente en los frecuentes trastornos que han agitado interiormente al país, sino en los diversos conflictos en que éste se ha visto envuelto, por la imprevisión o poca habilidad de sus gobiernos en el manejo de sus relaciones con varias potencias extranjeras.

Verdad es que si se examinan con alguna atención los medios que promovieron y consumaron la independencia de México, y los elementos sociales que heredó este país del sistema colonial, no hay razón alguna para sorprenderse de los repetidos desórdenes que han agitado su existencia después de

aquél grande acontecimiento, y más bien las hay para extrañar que esos trastornos no hayan tomado el carácter sanguinario y salvaje que por lo común tienen las guerras intestinas, en todos los pueblos donde imperan la ignorancia y las malas pasiones que siempre las acompañan.

En efecto, estudiando la historia de la guerra que desde 1810 hasta 1821, se hizo en México al gobierno español, se ve claramente que en aquella lucha no tomó jamás una parte activa la mayoría de los hijos de esta colonia y que por el contrario, los primeros caudillos de la independencia, con el no muy considerable número de hombres que sucesivamente lograron unir a su causa, tuvieron que combatir con sus mismos compatriotas, muchos de los cuales sostenían con las armas en la mano al gobierno colonial, mientras que todos los demás, ya fuese por temor, ya por el hábito que habían contraído de obedecer ciegamente a las autoridades establecidas, o ya porque no entraba todavía en sus cabezas la idea de que pudiera cambiarse el orden de cosas existente, ni menos aún la de los beneficios que de ello había de recibir el país, eran un verdadero apoyo del gobierno español, y el mayor obstáculo que se presentaba a los que trataban de derribarlo.

Igualmente se ve en la misma historia, que por esa causa, así como por la falta de conocimientos de todos o la mayor parte de los jefes que promovieron la guerra llamada de insurrección, el primer período de ésta concluyó en 1820, sin ofrecer otros resultados materiales que una lucha sangrienta de diez años, la muerte de los primeros caudillos, la prisión o expatriación de otros, y el haberse acogido a la gracia del indulto todos los demás que habían tomado las armas, con excepción únicamente de D. Vicente Guerrero, D. Guadalupe Victoria, y uno u otro de los jefes más insignificantes. Y aunque es cierto, que aquella primera lucha produjo un gran resultado moral, difundiendo entre los mexicanos el deseo de emanciparse de España, y creando en ellos multitud de odios y aspiraciones que antes no existían, también lo es que con todo esto no habría podido conseguirse el objeto, y que Dios sabe cuánto se habría retardado su realización, si los acontecimientos ocurridos en la Península el mismo año, con motivo del restablecimiento de la constitución de 1812, no hubieran venido a precipitar el término de aquella situación, haciendo que el ejército, el alto clero y todos los partidarios del poder absoluto, que antes contrariaban la idea de la inde-

pendencia, determinaran llevarla a cabo, para asegurar la ventajosa posición que aquí disfrutaban, separando este país de la España constitucional, y colocando en el nuevo trono de México a uno de los príncipes de la familia real.

Consumada de este modo la emancipación de la Nueva España, se comprende bien que este acontecimiento carecía de la solidez que tiene la independencia de una nación, cuando ella es ejecutada por el esfuerzo unánime de todo un pueblo, que con la conciencia de sus derechos, ha luchado para conquistar el primero de todos ellos.

La emancipación de México, tal como se consumó en 1821, no se hizo realmente por el pueblo, sino por las mismas clases privilegiadas que lo dominaban bajo el gobierno virreinal, y que por parecerles así conveniente entonces, destruyeron aquel orden de cosas, para continuar dominándolo por su sola cuenta, y en su propio provecho. El pueblo mexicano, entendiendo por tal la inmensa mayoría de sus individuos, acostumbrado a sufrir con estoica resignación el dominio español, sufrió del mismo modo los males de la prolongada guerra de insurrección, que se le hacía ver como un castigo del cielo; y cuando se verificó la independencia, celebró este hecho con entusiasmo, sólo porque veía en él el término de una lucha dilatada y sangrienta, y porque quedaba al fin libre del dominio de los españoles, que había llegado a serle odioso. En una palabra, el pueblo en general aplaudía un hecho que no podía apreciar debidamente, porque ni había concurrido a su ejecución, ni lo comprendía sino muy superficialmente, no estando a su alcance el secreto que lo consumó. Además, una gran parte del mismo pueblo veía aquel grande acontecimiento con la más fría indiferencia, como si comprendiera que no se celebraba su propia independencia, sino la de las clases que habían de seguir dominándolo, y, por último, había también una parte de la sociedad, entre las clases media y alta, que no consideraban la independencia sino como una calamidad.

Estas son las verdades que resultan de la historia, y por muy duro que sea el confesarlas, sobre todo para aquellos que en su modo de ver las cosas prefieren las ilusiones a la realidad, preciso es decirlas con franqueza, y tenerlas también muy presentes para apreciar con exactitud los acontecimientos que posteriormente se han sucedido en el país, y no equivocarse acerca de ellos, ni atribuir a causas inesperadas o imprevistas, lo que no es sino consecuencia natural de antecedentes bien conocidos.

En cuanto a los elementos sociales con que México comenzó a figurar entre los pueblos libres y soberanos del globo, ellos eran por cierto poco lisonjeros, y muy bien pueden presentarse como una elocuente demostración del triste estado en que se encontraban los mexicanos bajo el gobierno colonial, a la vez que para explicar todas las dificultades con que ha luchado y tendrá que luchar todavía este país antes de regularizar un orden de cosas estable y conveniente.

De los seis millones y pico de habitantes que, según el último censo, contenía el territorio de la Nueva España al hacerse independiente, muy cerca de cuatro millones pertenecían a la raza indígena pura, uno a la europea, y el resto, o poco más de otro millón, se componía de la mezcla de ambas razas. Los indígenas, ya fuese por los instintos propios de su raza, o ya por los malos tratamientos que en lo general sufrían de los individuos de la raza europea y aun de la mixta, vivían enteramente separados de ellos, y entregados a los trabajos del campo y a algunas artes toscas, sin tener con las otras razas más relaciones que aquellas que les imponía el estado de verdadera servidumbre a que respecto de ellas estaban sujetos. De la parte mixta de la población, había algunos individuos ocupados en las labores de la agricultura, en la minería, en las artes y el comercio, así como en el ejército y en el servicio eclesiástico, y el resto formaba la plebe de las principales poblaciones de la colonia. Los individuos de la raza europea, y aun algunos de la mixta que estaban unidos a ellos por lazos de familia, eran los que formaban la clase suprema de la sociedad de México, y además de encontrarse reunidas en ellos todas las grandes fortunas adquiridas por la minería, la agricultura y el comercio, ellos eran también los que disfrutaban los pocos títulos de nobleza que existían bajo el régimen colonial, y todos los empleos públicos, en el ejército y en todos los ramos del orden civil y eclesiástico.

Este conjunto de tan heterogénea población, educada bajo el doble yugo de la superstición y el despotismo, carecía de los sentimientos elevados que dan al hombre la conciencia de su propia dignidad, y de sus deberes para con sus semejantes. Por lo menos, cuatro quintos de los habitantes del suelo mexicano ignoraban que existiera en el mundo una cosa que se llamaba *abecedario*, y el resto no había recibido otra instrucción que la primaria, la cual estaba reducida entonces a leer, escribir y contar medianamente, y aprender de memoria el catecismo del P. Ripalda, en el que se inculcaba la idea de una

obediencia ciega a la autoridad del rey y del Papa. Los únicos individuos que tenían la presunción de saber en medio de esta ignorancia general, eran aquellos que por haberse dedicado al estudio de la jurisprudencia, de la medicina o de la teología, únicas carreras científicas que se conocían entonces, habían recibido su educación en los colegios, de donde por desgracia salían los jóvenes con las ideas más extravagantes sobre las verdades más claras de la filosofía, e ignorando todo aquello que principalmente debe saber un hombre para ser útil a sus semejantes, muy particularmente en materia de ciencias políticas y sociales, cuya existencia era completamente ignorada en los establecimientos destinados a la enseñanza.

Respecto de bienestar material, la desigualdad de fortunas era verdaderamente escandalosa. En la sociedad de México puede decirse que no había entonces más que dos clases, una muy rica y otra muy pobre, pues en medio de la decadencia de las artes, y por la falta absoluta de empresas agrícolas, industriales y mercantiles, lo que podía llamarse clase media, se componía únicamente, de los comerciantes en detal, de uno que otro artesano, de los abogados y médicos de escasa fortuna, y de los empleados subalternos en todos los diversos órdenes del Estado.

La legislación que regía en México era el embrollado laberinto de todas las disposiciones que regían en España, aumentado con las que especialmente se habían dictado para ésta y sus demás colonias de América, teniendo por base los más injustos fueros y privilegios en favor del clero, del ejército, de los empleados, de los mineros y de los comerciantes, con lo cual era muy triste y desigual la condición que ante la ley tenía en lo general el pueblo que no pertenecía a esas clases, incluso los indios, sin embargo de las disposiciones que aparentemente los beneficiaban.

La producción de la riqueza agrícola estaba fuertemente gravada con los diezmos y primicias que recaudaba la iglesia, la que también cobraba al pueblo diversas contribuciones por todos los actos más importantes de la vida del cristiano, desde su nacimiento hasta su muerte, y además le hacían pagar multitud de ofrendas o limosnas, con pretexto de sostener las frecuentes funciones religiosas con que procuraba distraerlo de su miseria y embrutecimiento, acostumbrándolo a la holgazanería y a los vicios que caracterizan a los pueblos que pasan una gran parte del tiempo en procesiones y romerías.

Las rentas que formaban la hacienda nacional, procedían de

gravámenes fuertes sobre el movimiento de la riqueza pública y sobre los vicios del pueblo, lo cual era en mucha parte el origen de su miseria y abatimiento.

Para concluir este ligero bosquejo de lo que era la sociedad mexicana en 1821, hay todavía que agregar que toda ella estaba dominada por un ejército combinado de los llamados insurgentes y de los realistas, compuesto generalmente de hombres ignorantes aún en su propia profesión, y que después de haber sostenido entre sí durante diez años una guerra de exterminio, se consideraba cada uno de sus individuos autor de la independencia, y con derecho incontestable a disfrutar de los mejores puestos públicos en el nuevo orden de cosas, así como a dirigir a su antojo los destinos del país.

Por último, debe agregarse que toda la población de México, incluso el ejército, estaba sometida a un clero, compuesto también en su mayoría de hombres ignorantes y preocupados, que además de ejercer sobre la sociedad el poderoso influjo que le daba la dirección casi exclusiva que tenía de la educación de la juventud, y el respeto que acompañaba a sus palabras en el púlpito y en el confesionario, había cuidado de acumular en sus manos, durante trescientos años de superstición y fanatismo, una gran parte de la propiedad raíz, reuniendo así el poder omnipotente que sobre un pueblo ignorante y pobre le daban, por una parte, el prestigio de la voz del sacerdote de Jesucristo, por otra, la posesión de inmensos bienes de fortuna.

Tal era, delineado en toscos brochazos, el estado social de la colonia de Nueva España al emanciparse de su metrópoli; y por poco que se reflexione sobre los medios de acción que promovieron y realizaron su independencia, y sobre los elementos que traía por herencia al entrar en la vida de los pueblos libres, se comprenderá que una sociedad organizada de tal manera, si bien había podido mantenerse tranquila bajo el régimen colonial, merced al respeto y ciega obediencia a la autoridad, que formaban la base de aquel sistema de gobierno, tendría que sufrir en una nueva existencia muchos y muy fuertes sacudimientos hasta destruir tantos elementos contrarios a su bienestar y prosperidad, y que no sería posible que se consolidase en ella un orden de cosas estable y conveniente, sino después de atravesar una época de trabajos y de crueles desengaños, que, abriendo al pueblo los ojos para ver claramente las verdaderas causas de todas sus desgracias, y los remedios que debía aplicarles, los sacará de su habitual apatía, para castigar severamente a todos los aspirantes y charla-

tanos que habían de traficar con su ignorancia y para establecer y apoyar firmemente un gobierno que con inteligencia y patriotismo trabajase en favor de los verdaderos intereses de la Nación. Todo pueblo, como todo hombre, cuando no han sido educados para ser libres y gobernarse por sí mismos, tienen que pasar forzosamente por la dura escuela del infortunio, para aprender uno y otro. Esta es una verdad demostrada por la razón y la experiencia y México no podía ser exceptuado de la regla general.

Considerados así filosóficamente los tristes acontecimientos que forman nuestra pobre historia desde la independencia, es como puede uno discurrir sobre ellos sin entristecerse amargamente; porque, aunque es cierto que no por conocerse bien las causas que producen determinados males, dejan de sentirse sus efectos, también lo es que tal conocimiento dispone el ánimo para aceptarlos como sucesos que debían sobrevenir por el orden natural de las cosas humanas, y le comunican para contemplarlos esa fría tranquilidad con que el sabio que conoce las leyes inalterables que rigen el sistema del universo, observa aquellos acontecimientos extraordinarios que llenan de terror y espanto a cuantos ignoran las causas que los producen.